Año II. Huesca 13 de Abril de 1884. Número 27

EL IRIS DE PAZ

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA.

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD SERTORIANA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

En Huesca, trimestre. . . . 0'75 pesetas.
Fuera de Huesca, idem. . . 1'00 »
En Cuba y Puerto Rico, idem. 2'00 »
Extranjero, idem. . . . . . 2'50 »

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

En la Redaccion y Administracion, Coso-alto número 17, y en la calle de Canellas número 13.
En Zaragoza, libreria de Maynou, calle de las Escuelas Pias, número 9.

La correspondencia se dirigirá á don Domingo Monreal, Huesca.

SERMÓN DE SEMANA SANTA.

—

He tenido una visión, de que quiero darte cuenta, lectór.

Medita sobre la redención de la humanidad por el sacrificio que se personifica en Jesús. Un Cristo, hecho por mano de artista jamás ideado, se ofreció á mis ojos clavado en la cruz. Destilaba hiel de sus labios; sus divinas carnes estaban abiertas; del costado, rasgado por hierro de lanza, goteaba la sangre: su frente, fulgurante de blancura ideal, claveteada de espinas, estaba salpicada tambien de sangre. En medio de aquellas apariencias del dolor, contemplaba yo su sér, allá en el fondo, encerrado en si mismo, con sublime recogimiento; más que dolor físico, parecia arrobado en plácida, serena calma, quizá en secreta alegría: «este dolor aparente, parecia decir, va á tocar á mis hermanos los hombres, y los va á ayudar á redimirse.» Me acerqué al Cristo con respeto: descubrime la cabeza, hinqué la rodilla en tierra, besé sus piés abiertos por los clavos, besé su costado, alcéme para besar las llagas de sus manos y su dulce frente.

De pronto vi que sus dulces labios se abren, y que con voz divina me dice: «Mi profecia se está cumpliendo: vendrán, dije, en mi nombre, y engañarán á muchos. Así pasa hoy; los que dicen que son mis creyentes, me niegan, me erigen templos soberbios; entran en ese templo arrastrando lujo; dejan coches y lacayos vestidos de libreas á sus puertas, son orgullosos; proclaman guerra á los hombres; vé, predicales, recuérdales mis doctrinas de amor.— Señor, le contesté, yo no soy creyente, no soy cristiano; me acerco á ti porque me han dicho que has sufrido y te has sacrificado por el bien; beso tus llagas, porque simbolizan para mí el martirio á que está sometido en esta tierra el que defiende á los oprimidos y hace guerra á los poderosos; te amo á ti como amo á Sócrates, á Budha, á Galileo, á Servet.»

El Cristo sonrió entónces, con una sonrisa tan dulce, que mil primaveras adornadas de flores brillantes y mil soles como el que nos alumbra, no lucirán tanto. «¿No amas á Dios—me dijo —no amas á tu prójimo?»

—Si que los amo, le contesté con fervor.

—«Pues tú lo has oido de mis labios; esa es mi primera ley.»

Callo otras cosas que me dijo.

Hermanos en la verdad, hermanos en el amor á la humanidad predicado por el Cristo, seguidme; hoy, aniversario de la redención, quiero haceros una plática cristiana, quiero cumplir el mandato que he recibido, en sueños, del Cristo. Seguidme, reyes, potentados de la tierra, politicos, y vosotros, artesanos, obreros, pobres y desamparados; seguidme tambien al campo,

que quiero recordaros su Evangelio. No necesito templos de polvo; Él mismo os dijo que no quedaria de ellos piedra sobre piedra.

¿Por qué me mirais con el rostro ceñudo, poderosos? ¿Por qué me dirigís miradas despreciativas? ¿Porque me veis humilde y pobremente vestido? Entónces tampoco le hubierais seguido á Él, que era todo humildad y pobreza.

Ya hemos llegado: mirad que hermoso está el campo, qué tibia la atmósfera, qué apacible y sereno el cielo, qué puro el ambiente; mirad cómo retoñan árboles y plantas; comienzan ahora la edad de la inocencia, símbolo de la inocencia de su doctrina.

Sentaos sobre el menudo musgo. ¿Por qué teneis, poderosos, esa repugnancia á mezclaros con mis amados pobres? ¿Por qué tú, duque, y tú, mitrado, y tú, banquero, os apartais del pescadór y la lavandera? Sentaos á su lado; mirad que estais negando á vuestro Maestro.

Y vosotros, hermosos niños, que me mirais con ojos asombrados, ¿no entendereis lo que yo hablo? Lo comprendo; como entendeis en la escuela lo de si «son por ventura tres dioses?» Marchaos, marchaos allá léjos, en aquel remanso en que triscan los corderillos, á triscar entre ellos; lugar teneis de preocuparos de cosas sérias.

Oidme, hermanos, oidme. A vosotros me dirijo primero, á los más poderosos: ¿Por qué habitais palacios suntuosos? ¿Por qué teneis tanto criado? ¿Por qué los vestís con un traje que indica servidumbre? Él vino á predicar la igualdad, y no la soberbia. Me ha dicho que no os quiere; que si quereis vivir á su lado es preciso que vendais esos palacios y habiteis una casa modesta. ¿Cuánto cuesta aquel palacio de allí? Doscientos millones. ¿Y el de más allá? Ciento. ¿Y el otro? Cincuenta, y sesenta aquél, y treinta éste, y estos otros, diez millones cada uno; en junto, mil millones. ¿Sabeis que podeis hacer la felicidad de un millon de esos desheredados, amigos de vuestro Maestro, con sólo que les repartais lo que valen esos palacios? ¿Y no creeis que, dedicados á cultivar la tierra, vuestros lacayos y los mayordomos que sosteneis para que los vigilen, y los administradores para vigilar á los mayordomos, y los apoderados para vigilar á los administradores, toda gente inútil para los demás, y sólo sierva de tres ó cuatro personas que constituyen la familia de vuestra casa: tambien resultarian millonadas para socorrer á los desvalidos?

Tú, que sobresales entre todos, ¿por qué llevas servidores con sables desenvainados? ¿No ves que así te temerán, más que quererte, tus hermanos? Sé modesto, generoso; sacrifícate por el pobre hijo del pueblo, y no necesitarás otros guardias. ¿Cuáles más seguros que tus obras?

¿Sabeis, poderosos, cuándo se necesitan espadas? Cuando no se obra con justicia. Ahí teneis el ejemplo de los déspotas orientales; ahí teneis el de los emperadores romanos de la decadencia. Y ¿de qué les servian esas espadas? Han muerto siempre á mano airada por el puñal, el veneno, decapitados y arrastrados. No os hacen falta esas espadas para resguardo de vuestras personas. Despachad esos soldados, que regresen al hogar á labrar los campos. ¡Qué alegría para sus madres! ¿Cuánto os cuesta sostener esos soldados? Dos millones, tres, cuatro, contando con los caballos y sus paramentos... Otra buena limosna para los pobrecitos. ¡Cuánto podrán producir esos hombres y caballos, consagrados á la agricultura y á otros trabajos? Diez ó doce millones; pues otra limosna más para nuestros hermanos en la humanidad.

Esta ley se puede cumplir fácilmente. ¿No ha de ser posible vivir en una casa sencilla, modestamente decorada, donde el buen gusto se ostente, y se sienta en cada mueble el perfume que ha dejado la mano de la esposa, de la

madre, de la hija, al confeccionarlo ó al ponerlo en órden? ¿A qué esos palacios inacababIes; donde no se entra jamás en habitaciones que han decorado manos mercenarias? Y ¿á qué tener instrumentos de temór que cuestan el dinero, cuando se puede fácilmente inspirar amores?

¡Qué incomodado teneis vosotros, políticos, al Cristo! Os llamais liberales y amigos del pueblo, y consentís que se haga todavía sufrir cruelmente á un hijo de Dios; consentis en que se mantengan el cepo y el grillete. ¡Pobrecitos esclavos! Son nuestros hermanos; tienen un corazón como el nuestro; saben amarse padres é hijos, hermanos y hermanas. Un dia, el duro mayoral apalea sin piedad al anciano que no trabaja: su hija vierte llanto, su hijo rechina los dientes y hace saltar la sangre de sus labios, mordiéndoselos de coraje; la madre dirige al verdugo manos suplicantes pidiendo piedad; pero, para el duro mayoral, aquellos signos de amor son criminales: hay que castigar á todos; el cepo y el grillete les esperan. ¡Castigar á los que se aman, separarlos, desgarrar su corazón y proteger á sus verdugos! Yo os digo que no os lo perdonará el Maestro.

¡Y las cárceles! ¿Cómo podreis conservar un resto de humanidad manteniendo esas cárceles, que son inmundas pocilgas donde haceis revolcarse al criminal al lado del inocente? ¡Si sois tan crueles que á los pobrecitos enfermos, acosados de fiebre, los teneis tirados por el suelo, acurrucados en los rincones, condenados á muerte quizás con vuestra inhumanidad, ántes condenados por vuestra perezosa justicia! No digais, no, que sois cristianos. Vuestros periódicos dicen que habia dos pobrecitos presos tirados por el suelo en las cárceles de Andalucía, abrasados por la fiebre.

Pero ¿qué puede esperarse de un Estado como el vuestro, que tiene banca puesta, que comercia con el vicio del juego, sosteniendo la lotería? Jugais á cartas vistas; ganais con seguridad; haceis medio de renta la avaricia, el inmoderado deseo de enriquecerse con el trabajo de otro. ¿No os repugna dar ese dinero, que lleva en gérmen el vicio, para retribuir al severo magistrado que va al tribunal á juzgar de nuestra libertad y nuestra honra? Os sonreis irónicamente; os encogeis de hombros; no lo extraño: bien sé que las palabras vicio, virtud, bien y mal son en vuestros labios vanos sonidos. Lo que no quiero es que os llameis cristianos haciendo eso.

No es hoy dia de recordaros vuestros pecados mayores; no es hoy dia de hablaros de los derechos que lleva en su sér el pueblo, y le habeis arrancado con vuestras uñas; os hago una plática inspirada por el Cristo; os recuerdo vuestros pecados que tocan al corazón, no los que hacen sublevarse á la voluntad.

Decidme: hombres que barajais los nombres sin que vuestras potencias se interesen en desentrañar su sentido: ¿es posible que, llamándoos órganos de la justicia y del derecho, consintais en que haya un sér humano depravado legalmente? ¿Es posible que consintais en que haya mujeres dedicadas sólo al placer? Esos séres tienen un alma que se les ha dado el Gran Arquitecto, y de que no pueden disponer por sí. Si abusan de esa alma, si la enlodan, castigadlos como criminales. ¿No meteis en prisiones al que roba? Pues, decid: ¿no roba á Dios, que le ha entregado un alma pura, la mujer que la revuelca en la impureza? ¿No se convierte, de sér racional, en bruto, que sólo vive del sentido?

No lo niego: somos flacos de espiritu, podemos pecar, podemos delinquir: mas cuando el delincuente se ostenta á la luz, ¿no le castigais? ¡Espiritus enfermos! Encerrais en la cárcel al que no trabaja, castigais al vago: ¿pues qué debiais hacer con la mujer que, sobre no trabajar, prostituye su sér

personal? ¿No es mayor su delito? ¿Conque al hombre que se embriaga, al que pierde su racionalidad algunas horas, prostituyéndose por ese tiempo, le penais, y dejais andar sueltas á las prostituidas en estado permanente.

Imponed penas á la prostitución, en vez de tenerle abiertas las puertas de cien casas en el seno de ciudades para cobijarla, y la vereis decrecer.

¡Cuántos hijos de vosotros mismos no habreis visto caer en el sepulcro en la flor de la edad, despues de haber perdido los ojos, ó la lengua, ó el hígado, corroidos de la lepra que hay en esos focos infectos que se llaman casas de prostitución!

Echad al suelo esos focos, quemadlos, aventad despues sus cenizas, evitad ese espectáculo á nuestros hijos, y cread estímulos para que, en vez de dirigir sus pasos hácia ellos, se encaminen á los campos, den paseos militares, hagan excursiones por las crestas de las montañas, eduquen y desenvuelvan su cuerpo en la gimnástica, para que podamos contar algun dia con una generación de hombres sanos y viriles, en vez de estos enclenques y podridos, que en las católicas ciudades salen de los lupanares construidos al lado de los templos en que decís que vais á orar á Dios. ¡Cuán digno de vuestro decantado Estado es ver en su presupuesto la partida dedicada á sostener el sacerdote católico, sumada con la que se da al médico para ir á reconocer si se cumple el reglamento del vicio.

Seguid llamándoos cristianos, si quereis; pero yo os digo, en nombre de su espiritu, que haceis ludibrio de ese nombre, miéntras no acabeis con la prostitución que degrada á la hermosa mitad de nuestro sér.

A vosotros, industriales y comerciantes, sin pudor, que por sórdida ganancia mezclais el veneno con los alimentos sanos para sofisticarlos, á los que no dudais en llevar el mil por ciento en vuestra especulación, aunque sea á costa de que el pobre jornalero no pueda comer, ó coma sustancias podridas; á vosotros, que disfrazais con el nombre de especulación el robo de dar el pan falto, mucho tendria que deciros si pudiera detenerme; sólo os digo que de cierto os faltará la felicidad, y la parte en el reinado del Bien.

¿Osais ante mi vista, propietarios de tierras, que no trabajais nada, ni haceis trabajar á vuestros hijos, osais devorar esos manjares que os veo comer? ¿No pensais en que el pobre labradór estará quizá esta noche á la luz de la luna dándole á la azada, y se levantará al dia siguiente á la aurora, para poder dar á sus hijos unas pobres sopas de alimento? ¿Es cristiano vivir del trabajo de otro? Marchaos, marchaos de mi presencia.

¡Qué os diré á vosotros, obreros de todas clases; los más desgraciados entre los hombres! No os aconsejaré que sufrais vuestra suerte con resignación cristiana. Hace tantos miles de años que venis sufriéndola, que es burla hablaros de ello.

Os diré, al contrario, que debeis hacer porque vuestra paciencia acabe; que seais diligentes, activos para defender vuestros derechos, como lo sois para hermosear la tierra con ciudades, jardines, praderas y mil productos de industria que salen de vuestras manos; os diré que rebosa vuestro derecho á disfrutar de los bienes que los demás derrochan con hartura; pero tambien tengo que deciros que sólo proclamando ese derecho, que sólo por virtud de la justicia que os asiste, podreis aspirar al triunfo de vuestra causa. Si, como los arteros jesuitas, algunos ciegos, proclamais que «el fin justifica los medios;» si en este grán siglo volveis á decir que el fuego, el puñal y el veneno son armas que puede aplicar el hombre contra su hermano el hombre, infamareis la santidad de vuestro derecho y retrasareis, por lo mismo, el triunfo de vuestra causa.

Cuando vuestros hermanos los obreros de la ciencia han roto ya de muchos Códigos las páginas en que se establecia la pena de muerte; cuando, merced al espíritu de humanidad que han llevado á esos Códigos, no se os conduce ya al patíbulo que en otro tiempo os hubiera esperado, aún teniendo poca culpa; cuando en los periódicos, y por los medios de publicidad de que disponen, defienden que se os debe mirar con compasión más que con ira, vosotros estableceis esas penas horribles... No, no, desgraciados; no os dejeis arrastrar por corazones venenosos. El pueblo puede un dia, mirando á su enemigo frente á frente, oponer su pecho en las barricadas de las calles. Tú, pueblo de Madrid, lo hiciste para derribar el trono de Isabel II, pero escribias: «Pena de muerte al ladron».

Asociaos, asociaos, sí, para hacer valer la fuerza de vuestro derecho; constituid federaciones de trabajadores y no de *Manos Negras*, pero desplegad al viento banderas generosas: la bondad y la dulzura no excluyen la firmeza. «Queremos la igualdad y la fraternidad (podeis decir), burgueses, que vosotros teneis en los lábios y no en el corazón; queremos que vivan en el seno de la sociedad esos principios que proclamó el Cristo, á quien decis adorais; no traemos espada, sino páz; dejadnos participar del Estado y de la riqueza: dejadnos defender ese principio de igualdad que en el Cristo reputais santo, y en nosotros casi criminal. Si no lo haceis por bien, sabed que estamos dispuestos á que este sacrificio que hoy conmemora vuestra iglesia, no se haya consumado en balde en la tierra.»

Aquí acabo.

¡Qué Dios nos ilumine á todos, hermanos mios, para que, en vez de hacer correr la sangre, cediendo unos más, otros ménos, arreglemos pacíficamente nuestras diferencias y puedan las generaciones que han de venir, puedan nuestros hijos y nuestros nietos sentarse fraternalmente al banquete de la vida, ornadas las frentes de coronas de flores á saborear los frutos que la madre tierra les ofrezca pródiga, presididos por la amable Páz y la sonriente Alegría, hermana de las Gracias.

Es el infierno que os desea

D.

(De *Las Dominicales*.)

COMUNICACIONES DE LOS ESPÍRITUS.

Sesión del 11 *de Febrero de* 1880.

—

(Médium escribiente J. A. S.)

¿Cómo os abandonais tanto á vuestras preocupaciones mundanas, cuando sabeis que la felicidad no se encuentra en esa vida? ¿Cómo no dejais vuestras malas costumbres, para entregaros mejor á la voluntad del que todo lo puede y alimenta á los pajarillos, dándoos con ello la prueba de que no os abandonará? Confiad en el Dios que todo lo vé y lo puede; teniendo entendido que ninguna de vuestras acciones ni de vuestros pensamientos están escondidos para su sabiduría.

Examinad bien esto que os aconsejo; no dudeis que alcanzareis progreso, tanto en esa vida como en la venidera para el espíritu. Practicad la caridad en toda su extensión en el círculo que podais, y no tengais la menor duda que Dios os recompensará. Si á Él acudis con fé y refrenando vuestros vicios, será con vosotros, y tendreis la páz y la felicidad que ahí pueden alcanzarse.

Sed propagadores del Espiritismo, sin temer por lo que hayais de contestar á vuestros contradictores, que nosotros estaremos á vuestro lado y os ayudaremos á sostener la lucha por la verdad, que será la antorcha que alumbrará á la generación venidera.

No desconfieis; tened ánimo, perseverancia y firmeza de espíritu para pe-

fender la redentora doctrina espiritista que Dios y los buenos espíritus serán con vosotros.

Un amigo y protector.

REMITIDO.

Sr. Director de EL IRIS DE PAZ.

Mi querido hermano en creencias: Conforme con mis convicciones de que la casualidad no existe, sino que los hechos se realizan, porque se eslabonan con lo que *tiene que suceder*, bendigo mil veces mi corta estancia en esa ciudad oscense, puesto que me facilitó ocasión de conocer ese pequeño y raro periódico titulado *El Auxiliar del Púlpito*.

El título me sorprendió; toda vez que siendo tan franca, decidida é incontrovertible la vóz de un hombre, que ocupando la cátedra del Espíritu... Santo, ataca impune y despiadadamente cuanto le conviene, parecía un apéndice demasiado incisivo el de la publicación de un periodiquito como *El Auxiliar*, y además de sobrado, inconveniente para su autor, teniendo en cuenta que la inmunidad del púlpito, descendía al palenque de la razón y de la controversia, desde el momento en que desarmándose de la coraza invulnerable de lo divino, se ajustaba el arnés de lo humano, que tantos huecos presenta á las armas de la verdad y de la lúz.

Pero el hecho era cierto; y no contento el Dr. A. del Valle con cuanto puede decir, combatiendo á su modo al Espiritismo, llega á ese terreno periodístico, recordando lo que en la sociedad tanto se ha combatido por iluso y desprovisto de razón ó sea la existencia satánica, y las consideraciones del criterio exclusivamente peculiar de un doctor, muy sábio indudablemente en teología y cánones, pero demasiado parcial en asuntos de la nueva filosofía; ariete de potencia irresistible para derrumbar añejas tradiciones, cimentadas en el propio interés y en el apasionamiento de la defensa de la propia conservación.

Nos referimos al modo especial que tiene de juzgar al Espiritismo. Merced á sus ataques y en legítima defensa, ampliaremos la difusion de la lúz entre los ciegos creyentes prácticos de las idolatrías vedadas por Jesús, y protectores, acaso inconscientes, de la prolongada indiferencia de los pueblos.

El tamaño y condiciones de EL IRIS, le impiden razonar en discusiones constantes, con publicaciones de la poca importancia del *Auxiliar del Púlpito*, y al quitarle importancia, no lo decimos como agresión al fondo que sus escritos puedan revestir, sino por el corto número de lectores que tienen noticia de la existencia de aquél, creyendo, tal vez equivocadamente, que su lectura terminará en el número de sacristías, seminarios, beaterios, etc., clases todas muy respetables, pero cuyo número es harto exiguo en la masa general de la sociedad.

Pero como la imposición sacerdotal no se limita á los que de buen grado acuden á los templos á oir la palabra de los oradores sagrados, sino que avanza hasta penetrar en el hogar de la familia, para lo cual se emplea todo género de medios que conduzcan al fin, bueno es exponer los errores de que hace gala el doctor, cuyo nombre autoriza el escrito que ha visto la lúz el dia 13 de Marzo del presente año.

Sería de desear, que personas de las respetables condiciones de un propagador de las doctrinas de Jesús, se inspirasen en la verdad de las convicciones, para no demostrar el interés de propagar el conocido error; pero desgraciadamente no es ese el terreno á que acude nuestro clero, logrando hacer meditar muy sériamente acerca de lo que pueda alcanzar en lo futuro, un ideal que para sostenerlo, precisa una constante propaganda de trasparente falta de verdad y de caridad desconocida.

¿Crée de buena fé el señor del Valle

en la existencia ó inflencia del diablo? Fuera de la mayor ó menor credulidad ¿puéde definir al personaje mitológico, en otra placa que la del freno moral como conveniencia del obrar bien, para no caer en el mal?

¿Crée que la moral espiritista *pervierte al individuo y lleva la perturbación al hogar doméstico?*

El articulista del *Auxiliar*, obedecerá á una consigna determinada relatándolo así, pero le concedemos más ilustración, que la que demostraria quien en sério sostuviera tan ridiculas frases.

Porque demostraria un desconocimiento perfecto de la moral de la consoladora filosofía espiritista, *única* que regenera *por convicción* á los hombres, y establece en la sociedad y en la familia el lazo de fraternidad y de amór, preludio de la ley de amór que llegará á establecerse en la humanidad, en cuanto desaparezcan los obstáculos tradicionales, de todos conocidos y cuya descripción se halla burilada en el corazon de todos los seres, perseguidos hace muchos siglos por un fanatismo despótico que produjo mártires como el aragonés Miguel Servet, el doctor Cazalla de Valladolid, ilustres patricios, ignorados modelos de virtud y de constancia, y figuras tan salientes en el gran cuadro de la Historia, como Torquemada, Pedro Arbués, Froilán Diaz, y centenares de celebridades que contemplan hoy los hombres con el asombro del recuerdo, y la enseñanza del porvenir.

¿No le indica algo al señor del Valle, el espectáculo de la agresión continua en basílicas y seminarios, en los confesonarios de las iglesias, en el seno íntimo del hogar, en todos los puntos en que tiene acceso el sacerdote, rasgando la palabra *Caridad* del lábaro de Cristo y sustituyéndola con *venganza y exterminio*, signo distintivo de ciertos hombres?

Si tan malo y despreciable consideran al Espiritismo ¿por qué pierden el tiempo tan lastimosamente, los que se titulan representantes y panegiristas de una cosa tan grande cual es la divinidad, para unir todos sus esfuerzos, luchando, *en vano*, para destruir esta otra cosa tan pequeña cual son las *absurdas teorias* del Espiritismo?

La comparación del Decálogo del Sinai, con el decálogo, que no conocíamos, pero que descubriendo al erróneo Espiritismo publica el señor Valle, es de trama tan burda, que ha trasparentado fielmente la sana intención; por lo tanto no merecen ser tomadas en serio las comparaciones, porque faltando la base ó sea la verdad, cae el castillo de naipes al mas ligero soplo de la razón y del sentido comun.

Rogaremos al señor Valle, que consulte algo de lo mucho publicado acerca del Espiritismo; la comprobación de que el espiritista no puede ser suicida; la disminución del número de los alienados entre los que profesan aquellas ideas: la dulce confianza que en la familia se establece, creyendo en lo que practican; el consuelo y la resignación que el hombre alcanza en sus desventuras; y tantas vantajas como disfruta el que se inspira en la moral sublime y pura del *desinteresado* y *gratuito* Espiritismo.

Si todo esto desconoce el señor Valle, prontos estamos á facilitarle catálogo de los innumerables libros que de ello tratan, para que lo sepa; si conoce los escritos, y á pesar de ello se empeña en sostener la calumnia, el pueblo comprenderá el móvil de la obstinación, y será *una palanca más* que ayude á la demolición de ese sombrío y ruinoso edificio, que amenaza peligro constante para los que en él se cobijan, conocido con los nombres de teocracia intransigente, mercaderes eternos, y mistificadores de las doctrinas más puras y elevadas que el hombre puede admirar.

Gracias, señor Director, por su complacencia, y disponga de quien se honra con el titulo de

Un espiritista más.

MISCELÁNEA.

Para dar cuenta de la sesión extraordinaria que la «Sociedad Sertoriana de Estudios Psicológicos» celebró el 31 de Marzo, acompañan á este número de nuestro periódico cuatro páginas de suplemento, y continuaremos haciendo lo mismo en los números sucesivos hasta terminar el acta de dicha sesión y los trabajos en ella leidos.

⨯

Los espiritistas de Huesca obsequiaron, el dia 1.° de este mes, con un modesto banquete á nuestro querido hermano D. Agustin Lopez Blanchard, director de *La Campanilla*, de Zaragoza, que habia venido á ruego nuestro á Huesca, con objeto de asistir á la sesión del 31 de Marzo.

Reinaron en el banquete la fraternal concordia, la franca expansión y el deseo de que en todos los actos de los espiritistas se refleje la enseñanza moral de nuestras doctrinas. Pronunciáronse discursos relacionados con éstas, discutióse amistosamente sobre várias puntos filosóficos, recordóse el aniversario del dia anteriór y terminó el improvisado y fraternal banquete con una obra de caridad, digno coronamiento de todo acto colectivo en que quienes han tenido algunas horas de dicha, no deben olvidar á los desgraciados. Nada hay comparable á la satisfacción que experimenta el alma cuando en los cortos momentos de goces puros que se disfrutan en el planeta, puede de algun modo llevar un reflejo de aquellos goces allí donde la desgracia ó las desdichas terrenales se ciernen sobre alguno de nuestros hermanos en humanidad.

Bendita sea la doctrina que enseña á pensar y obrar así. ¿Qué importa que haya ciegos que la anatematicen, sin saber que condenan al cristianismo? Ella triunfará al fin.

⨯

MANSEDUMBRE CATÓLICA.

Uno de los pasados domingos, un señor sacerdote increpó duramente á un jóven obrero en los porches, por hallarle comprando *Las Dominicales*. Mediaron várias palabras no muy cariñosas, y el buen cura, dándosela importancia de lo *divino*, prohibió al jóven la lectura, basándose en la diferencia de criterio entre su *divina* personalidad y la humana del obrero. Este cariñoso apóstol, dechado de caridad, reside en Huesca hoy, pero cuando la entrada de los carlistas en Cuenca, dejó consignados recuerdos que aún destilan sangre, siendo de presumir que entonces no tendria menos celo en la propaganda de la lectura del *Cuartel Real*.

Algunas indiscretas preguntas le hizo á la deseada victima, relacionadas con la sospecha de que pudiera ser espiritista...

Se conoce que ahí duele; no importa; consuélese el desinteresado sacerdote, porque andando el tiempo, se convencerá de otras muchas verdades.

Fiat Lux. A. M. D. G.

Huesca.—Imp. manual de EL IRIS.